LAS NIEVES DE ANTAÑO

«MAIS où sont les neiges d’antan?», se preguntó François de Villon. Están si- nuda en el cabello de Aretz. En la palabra arrope- llada de Fraga. Los hombres de antaño son las pri- meras bengalas. Extraño país donde el porvenir se saca siempre del pasado, como los consejos apollí- nos salen semitempranamente del sombrero de copa del prestidigitador. Pero, ¿quién es, aquí, el prestidigitador? Yo no tengo nombre ni rostro. Se convierte en pasado lejano de ayer mismo —cada uno le da su tiempo: para mí el de esa época será siempre el rostro de huevo deslumbrado de León Herrera malteando pal- labras ante la inmóvil, resignada cámara de televisión; tiempo de torpeza— y en porvenir risueño la de antes de ayer, lo de hace un siglo.

¿Y vino viejo en odres nuevos? ¿Vino nuevo en odres viejos? ¿Vino y odres viejos? Se recuerda la panteon- gia en busca de algo. Se escechan las palabras de los santos mayores, de los nuevos santos. Son pre- sencias y leves. Son promesas de poco a poco. Pienso trau— en su ignorancia— si se estarán dando bien cuenta de que el tiempo no es suyo. Pienso si hubieran aprendido mal la lección de Franco a quién estuvieron siempre vocados: el tiempo jugaba siempre a favor de Franco, y cuanto más se pasaba, más dueño y más seguro era él. Si piensan seguir esa lección, están per- didos. Porque no son, claro, Franco —por muy im- precisas que estén— ni el tiempo es ya el mismo tiempo. El tiempo es ahora de los otros: de la oposición de la derecha, de la extrema derecha. Si consiguen imponerles su ritmo, les harán devarlo. Cuidado con el poco a poco, cuidado con la cautela. Ya no se trata de permanecer, sino de hacer.

Pero me sorprende aquí, de pronto, haciendo de consejero de gobierno. De Maquavileo de bolsillo.

Cuando en realidad lo único que necesito yo es que el gobierno no me aconseje a mí, o no me dice. Cuando lo que quisiera es ser lo suficientemente indiferente a Don Adolfo Martín Garvín, sentido ahora en la poesía, con el abracé de los aficionados que fue de Sánchez Bella, que fue de Li- líbar y fue de León Herrera, nombres más bien desa- rrollados de los trabajadores españoles que de necesi- tarios— hay otros que tranquilizan. Sobre todo a los que estaban decididos ya a tranquilizarse. Da miedo pensar que tienen en sus manos la gran ocasión. ¿O quién no la tiene. Da miedo pensar que es ahora cuando pueda empezar a darse cuenta de la tristeza de Dios en el silencio. Da miedo pensar que se puede perder con sus poco a poco, con sus prudencias, con sus compromisos.

Uno quisiera ayudarles a que fueran lo que ten- drían que ser. Pero quién podría? Pero quién no tenga esa esencia. POZUELO

tener que dar el Patronato de Apuestas Mutuas Deportivo - Be- néficas a los que más ministros acierten en las listas previas a la crisis. Porque esta es otra, y no puede decir crisis, se puede escribir la palabra crisis cuando cal- lienta acero el motorista de la muerte. Vamos avanzando dentro de un respeto y una cosa que es una mala.

Esta vez cobrarán los directo- res de diario de los aciertos y los de diario. La designación de Al- fonso Osorio para Presidencia y el suceso de que a Planificación del Desarrollo le quitaran la cartera cuando viajaba en los metros proyectados en el IV Plan han sido la X y el 2 de esta quincena. Así que de los dieciocho no co- bran. Los que van a cobrar son esos que sabemos, como se pasan un tanto así.

La democracia es urnas, pero por ahora es solo lista. Con las quintieta con la Guía Michelin, porque la lista del «Nuevo Día- rio» parecía que la había hecho un ex-director general de Empres- sas y Actividades Turísticas: mi- nistros de tres estrellas, ministros de dos estrellas... Fueron real- mente parcos a la hora de conce- der estrellas, pero eso está bien: habremos de publicar muchas listas y de poner muchas veces en primer lugar cinco columnas de la pa- labra crisis antes de que podamos meter en la relación a un minus- table de cinco estrellas -gran lujo, un Ritz de la caduca partitocracia o un Meliá Don Pepe de la soberanía del pueblo y del alcázar. Porque hoy por hoy, ponerle a un mi- nistro una sola estrella —aun- que sea de cuatro puntas— es re- ducirlo a la categoría de guía de moda El Peine. Sabíamos que estaría una parada. Pero no una fonda. BURGOS.

ME IMPORTA UN HUEVO

Cañaverale, abajo firmando, en la edad de treinta, casado, con dos hijos, de profesión lo que puede, comparece con todo morado y como mejor proceda expone: que le importa un huevo. Que empezó a leer periódicos a los diez años. Que se va a morir del corazón de los caballos y de las vergüenzas que le tienen dadas, aunque no se ha dejado dar por las vergüenzas pese al intento. Que está bien. Que por él como si se la ma- chucan, que no pretende cons- guir una licencia de importación de esposas con pinchos queman- tes. Que se caga en el padre de los